

Otros dijeron despues, que las primeras filas de Pompeyo habian formado en batalla.

Entonces César subió á un monton de tierra para que todos le vieran y le oyeran, exclamó:

—Amigos míos, ya llegó, por fin, el día en que Pompeyo nos presenta la batalla, y vamos á combatir, ya no contra el hambre y la escasez, sino contra los hombres. Habeis deseado este día con impaciencia; me habeis prometido que venceriais: cumplidme vuestra promesa.

Despues mandó que en la tienda de campaña se izara la bandera roja en señal del combate.

Apenas la vieron los romanos, que corrieron á las armas; y como estaba el plan de batalla formado anticipadamente, y que cada gefe habia recibido las órdenes que le correspondian, los centuriones y los decuriones condujeron á sus soldados cada cual á su puesto, y seguidos de sus soldados, como dice Plutarco: "Cada cual ocupó su puesto con tanto orden y tanta sangre fría como si se hubiera tratado de una campaña de tragedia."

VII

Veamos ahora el lugar que cada uno ocupaba.

Pompeyo mandaba el ala izquierda * teniendo consigo las dos legiones que César le habia enviado desde las Galias.

A su frente estaba Antonio, que por lo tanto mandaba el ala derecha de los cesarianos.

Escipion, suegro de Pompeyo, mandaba el centro, compuesto de las legiones de Siria, teniendo por opositor á Calvino Lucio.

En fin, Afranio mandaba el ala derecha, en que se hallaban las legiones de Cilicia y las cohortes procedentes de España, que Pompeyo consideraba como sus mejores tropas. A su frente estaba Sila.

Dicha ala derecha de los pompeyanos tenia cu-

* Plutarco dice que la derecha, pero César afirma que la izquierda, y nos parece mas digno de ser creído.

bierto su flanco por un arroyo de difícil paso; así, Pompeyo habia amontonado á la izquierda los honderos, los arqueros y toda la caballería.

Quizás tambien lo habia hecho por tener todas aquellas fuerzas en el punto en que él se hallaba.

César se colocó en frente de Pompeyo, ocupando, como de costumbre, un puesto en la décima legion.

Viendo amontonarse ante él toda aquella multitud de honderos, arqueros y ginetes, comprendió que el plan de su enemigo era empezar el ataque por su lado y tratar de envolverlo.

Entonces hizo acudir seis cohortes del cuerpo de reserva y las colocó detrás de la décima legion con orden de no moverse y ocultarse todo lo posible del enemigo hasta el momento que cargase su caballería. En aquel momento debian lanzarse las seis cohortes á la primera fila, y en lugar de arrojar desde lejos las javalinas, como hacian ordinariamente los mas valientes, ansiosos de llegar á un combate cuerpo á cuerpo, cada hombre alzaria el hierro de su arma á la altura de la cara del enemigo. El mismo César haria la señal con un estandarte cuando fuera tiempo de efectuar aquella maniobra.

Estaba convencido de que toda aquella elegante juventud, todos aquellos hermosos bailarines, no podrian soportar la vista del hierro de sus hastiarios, los cuales eran en número de tres mil.

Pompeyo, á caballo, estudiaba desde lo alto de una colina el orden de los dos ejércitos.

Viendo entonces que el de César esperaba tranquilamente la señal, en tanto que la mayor parte de sus soldados, en lugar de permanecer inmóviles en sus puestos, se agitaban en el mayor desorden, faltos de esperiencia, temió que desde el principio del combate rompiesen la formacion.

En seguida espidió correos á caballo, mandando á las primeras filas que no se moviesen, y que se estrechasen unas contra otras, esperando así al enemigo.

“Aquel consejo, dice César, se lo dió Triario á Pompeyo, y yo no lo apruebo, pues hay en el hombre cierto ardor y cierta impetuosidad que se acrecentan con el movimiento, y que es preciso mas bien sustentar que reprimir.”

Así, pues, aunque mas débil, resolvió aprovechar aquella ventaja que le dejaba Pompeyo y empezar el ataque.

Entonces, despues de haber dado el santo y seña, que era *Vénus Victoriosa*, al paso que el de Pompeyo era *Hércules el Invencible*, echó una última mirada sobre toda su línea.

En aquel momento vió á un soldado, voluntario en el ejército, pero que el año anterior habia sido capitán en la décima legion, el cual exclamaba:

—Seguidme, compañeros, pues ha llegado el momento de cumplir á César todo lo que le hemos prometido.

—¡Eh! Crastino, le dijo César,—pues, al igual de Napoleón dos mil años mas tarde, conocia por su nombre á todos los soldados del ejército,—¿qué piensas del día de hoy?

—Nada que no sea bueno y glorioso para tí, imperátor; de cualquier modo, solo volverás á verme ó muerto ó victorioso.

Después, volviéndose hácia sus compañeros:

—Ea! dijo, al enemigo, muchachos, al enemigo! Y se lanzó el primero con ciento veinte hombres.

Entonces, y mientras que aquellos ciento veinte hombres partian los primeros á atacar á los cincuenta y dos mil de Pompeyo, reinó por un momento entre los dos ejércitos el fúnebre silencio que precede á las batallas decisivas y durante el cual solo parece oírse el ruido de las alas de la muerte.

Crastino y sus hombres, llegados á veinte pasos de los pompeyanos en medio de aquel silencio, lanzaron sus javalinas:

Aquello fué como una señal; en seguida resonaron en ambos lados las trompetas y las bocinas.

Toda la línea de infantería de César se lanzó en seguida á sostener á aquellos ciento veinte valien-

tes que le mostraban el camino, arrojando sus javalinas á la carrera y dando grandes gritos.

Después, una vez arrojadas las javalinas, los cesarianos desenvainaron las espadas y cayeron sobre los pompeyanos, que los recibieron á pié firme y sin moverse.

Pompeyo, como si solo hubiera esperado tener la certeza de que su ejército sostendría valerosamente el primer choque para recobrar toda su serenidad, mandó entonces á su caballería cargar el ala derecha de César y envolverla.

Viendo César acercarse hácia él aquella masa de caballos cuyo galope hacia temblar la tierra, no pronunció mas que estas cuatro palabras:

—¡Amigos, á la cara!

Sus soldados hicieron una inclinacion de cabeza, indicando que habian comprendido.

Segun habia previsto César, aquella tromba viviente de hombres y caballos barrió en un instante sus mil hombres de caballería.

Luego, abiertas ya algunas brechas en las primeras filas de la décima legion, los ocho mil ginetes de Pompeyo lanzaron sus escuadrones para envolver á César.

Aquel era el momento que él esperaba, y en seguida hizo alzar el estandarte que debia dar la señal á los tres mil hombres de reserva.

Dichos hombres avanzaron, sirviéndose de las javalinas como los soldados modernos de la bayoneta, dirigiendo la punta á los ojos del enemigo y repitiendo el grito de César:

—*¡A la cara, compañeros, á la cara!*

Y al mismo tiempo, sin ocuparse de los caballos, sin tratar de herir á los hombres en ningun otro lado, daban con el hierro de sus armas en la cara de los jóvenes caballeros.

Aquellos se sostuvieron un instante, mas bien por estrañeza que por valor: despues, prefiriendo la deshonra á verse desfigurados, arrojaron las armas, volvieron bridas á los caballos y huyeron á escape, ocultándose el rostro con las manos.

De aquel modo corrieron, sin volver la cabeza, hasta las montañas, dejando degollar á los arqueros que llevaban entre sus filas, y los cuales fueron completamente esterminados.

Entonces, sin tomarse el trabajo de perseguir á los fugitivos, César hizo avanzar á la décima legion, con orden de atacar de frente al enemigo, mientras él con la caballería y los tres mil hastiarios lo atacaría por el flanco.

El movimiento se hizo con una regularidad maravillosa. Es verdad que César lo dirigió personalmente.

La infantería pompeyana, cuya orden era flan-

quear al enemigo así que los caballeros hubiesen derrotado el ala derecha de César, se vió flanqueada ella misma. Sostúvose un momento, pero luego se desbandó, siguiendo el ejemplo de la caballería.

En seguida, todos aquellos aliados que habian acudido en auxilio de Pompeyo, ginetes gálatas, capadocios, macedonios y candiotas, arqueros del Ponto, de Siria y de Fenicia, reclutas de Tesalia, Beocia, Acaya y Epiro, se pusieron á gritar á un tiempo, aunque en diez lenguas diferentes:

—*¡Somos vencidos!*

Y volviendo la espalda emprendieron la fuga.

Es verdad que Pompeyo les habia dado el ejemplo.

—*¡Cómo! ¡Pompeyo! ¡Pompeyo el Grande!*

Eh! diantre! sí!

Leed á Plutareo, no quiero referirme á César.

Y nótese que Pompeyo no habia esperado al punto de la batalla á que hemos llegado nosotros. Viendo en derrota sus ginetes, habia puesto su caballo á galope y entrado en el campamento.

Leed, decimos, á Plutarco:

“Habiendo aquellos emprendido la fuga, Pompeyo vió el polvo que levantaban los piés de los caballos y comprendió lo que sucedia á sus caballeros.

“Seria difícil decir el pensamiento que atravesó

su espíritu; pero, como un insensato, cual un hombre poseído de vértigo, olvidando de repente que era el gran Pompeyo, sin pronunciar una palabra, sin dar una última orden, se retiró lentamente, parecido en un todo á Ajax, y pudiendo aplicársele, lo mismo que á él; los siguientes versos de Homero:

“Júpiter, padre de los dioses, sentado en un elevado asiento, introdujo el temor en Ajax, el cual se detuvo lleno de estupor; arrojando su escudo, cubierto de siete pieles de buey, huyó lejos de la multitud mirando acá y allá.”

“Tal hizo Pompeyo.”

Al llegar al campamento, gritó en alta voz á los oficiales de servicio, á fin de que los soldados pudieran oírle:

—Cuidad de la defensa de las puertas; yo voy á recorrer el recinto y á dar la misma orden en todos lados.

Después se retiró á su tienda, desesperando de ganar la batalla, pero aguardando con resignación el resultado.

VIII

El resultado fué el que era fácil prever.

La fuga de todos aquellos bárbaros, y sus gritos de: “¡Somos vencidos!” proferidos en diez lenguas diferentes, resonaron en el resto del ejército y lo desorganizaron.

Entonces empezó el degüello:

Pero viendo César que la batalla estaba ganada y que la jornada era suya reunió todos los trompetas y heraldos que tenía y los diseminó por el campo de batalla, con orden de tocar y gritar:

—Perdonad á los romanos! no mateis mas que á los extranjeros!

Oyendo aquella corta pero espresiva proclama, los romanos fugitivos se detuvieron y tendieron los brazos á los soldados que corrían tras ellos con la espada levantada.

Los cesarianos arrojaron sus armas y estrecharon entre sus brazos á sus antiguos compañeros.

Se hubiera dicho que el alma misericordiosa de César había pasado al cuerpo de cada soldado de su ejército.

Sin embargo, algunos pompeyanos habían seguido á sus jefes, que trataban de rehacerlos.

Además habían quedado dos ó tres mil guardando el campamento.

Muchos fugitivos habían buscado en él un refugio y podía volver á formarse allí un ejército, que al día siguiente sería todavía tan considerable como el de César.

Este reunió los soldados esparcidos por el campo de batalla, renovó á los vencidos la promesa del perdón, y aunque la noche estaba á punto de llegar, y sus hombres combatiesen desde el medio día y estuviesen en extremo fatigados por el calor que había hecho, hizo un último llamamiento á su valor y los condujo al asalto del campamento.

—¿Qué ruido es ese? preguntó Pompeyo, sentado en su tienda.

—César! César! le gritaron al paso algunos hombres azorados que corrían á las trincheras.

—Cómo! viene hasta mi campo! exclamó Pompeyo. Y, levantándose, arrojó sus insignias de general, montó en el primer caballo que encontró á mano, sa-

lió por la puerta Decumana y se lanzó á toda brida por el camino de Larisa.

Los soldados se defendieron mejor que su jefe.

Es verdad que las mejores tropas auxiliares, los soldados tracios, estaban allí.

Pero ellos mismos, cuando vieron pasar á los fugitivos arrojando sus armas y hasta sus banderas, no pensaron sino en huir como los demás.

A eso de las seis de la tarde entraron los cesarianos en el campamento.

Los fugitivos se refugiaron en la montaña.

Los vencedores al entrar en las tiendas hallaron las mesas puestas y cubiertas con vajillas de oro y plata. Donde quiera había montones de hojas y flores, y entre otras, la tienda de Léntulo estaba toda cubierta de yedra.

Bien tentador era todo aquello para hombres que no habían tenido un momento de descanso desde la mitad del día; pero César les recordó que era preferible acabar de una vez con el enemigo, y ellos mismos gritaron:

—Adelante!

César dejó una tercera parte de su gente guardando el campamento de Pompeyo, otra tercera guardando el suyo, y lanzó el resto por un camino más corto que el que había tomado el enemigo, de modo

que, al cabo de una hora de carrera, le cortó la retirada.

Los fugitivos se vieron obligados á detenerse en una eminencia á cuyo pié corria un arroyo.

César se apoderó al instante de aquel curso de agua, y para impedir al enemigo apagar en él la sed, ocupó cuatro mil hombres en abrir un foso entre la eminencia y el arroyo.

Entonces, sedientos á mas no poder, viendo que tenian cortada la retirada y esperando á cada momento ser atacados por la espalda, los pompeyanos enviaron parlamentarios á César.

Pedían rendirse.

César contestó que al dia siguiente por la mañana recibiria su sumision, y que entretanto los que tuviesen sed podian ir á beber.

Los pompeyanos bajaron por grupos.

Al reunirse, pompeyanos y cesarianos se reconocian como antiguos amigos, se tendian la mano y se echaban unos en brazos de otros como si tres horas antes no hubiesen tratado de degollarse.

La noche trascurrió en reconocimientos de esta clase.

Los que tenían víveres, los partian con los que no los tenían; encendieron fuegos, y agrupados todos al rededor de ellos, cualquiera hubiera creído que aquellos hombres habian ido allí á celebrar una fiesta.

Al dia siguiente, temprano, se presentó César.

Muchos senadores habian aprovechado la oscuridad de la noche para huir.

Hizo una señal con la mano y dirigió una sonrisa á los que quedaban.

—Levantaos, les dijo; César no conoce enemigos al dia siguiente de una victoria.

Todos se apresuraron á rodearle, estrechando las manos que les tendia y besando la orla del manto de batalla que llevaba echado sobre los hombros.

Cesarianos y pompeyanos volvieron al campamento confundidos unos con otros.

César visitó el campo de batalla.

No habia perdido mas que doscientos hombres.

Entonces preguntó qué habia sido de aquel Crastino que le habia prometido no volverle á ver sino muerto ó vencedor, y que tan valerosamente habia empezado el ataque.

Hé aquí lo que se supo:

Al separarse de su lado, Crastino se habia lanzado sobre el enemigo, como hemos dicho, arrastrando tras sí su cohorte; habia destrozado cuanto habia hallado á su paso, y penetrado en lo mas espeso de los batallones enemigos. Allí habia combatido encarnizadamente; pero como continuase gritando: "Adelante por Venus la Victoriosa," un pompeyano le habia dado en la boca una estocada tan atroz, que la pun-

ta de la espada habia salido por detrás de la cabeza. Crastino habia muerto en el acto.

“Se hallaron, dice César, quince mil enemigos muertos ó moribundos en el campo de batalla.”

Entre ellos estaba su encarnizado enemigo Lucio Domicio.

Ademas, hizo veinticuatro ó veinticinco mil prisioneros, esto es, perdonó la vida á veinticuatro ó veinticinco mil hombres, una parte de los cuales se incorporó á su ejército.

En fin, cayeron en su poder ocho águilas y ciento ochenta banderas.

Sin embargo, una gran inquietud preocupaba al vencedor.

Antes de la batalla, y aun durante ella, habia recomendado á los oficiales y soldados que no matasen á Bruto, sino que, por el contrario, lo protegiesen y lo llevasen á su presencia si se rendia voluntariamente; caso de defenderse contra los que trataran de apoderarse de él, debian dejarlo huir.

Como se recordará, Bruto era hijo de Servilia, de la cual habia sido amante César por largo espacio de tiempo.

Despues de la batalla pidió noticias del jóven.

Lo habian visto pelear, pero no sabian lo que habia sido de él.

César lo hizo buscar, y aun lo buscó él mismo, entre los muertos.

Bruto se habia refugiado en una especie de pantano lleno de cañas y durante la noche habia llegado á Larisa.

Allí, habiendo sabido el interes que César habia mostrado por él, le escribió algunas palabras para tranquilizarlo.

César le mandó en seguida un mensajero diciéndole que fuese á verlo.

Bruto obedeció.

César le tendió los brazos, lo estrechó, llorando, contra su corazon, y no se contentó con perdonarlo, sino que le prodigó mas atenciones que á ninguno de sus amigos.

La noche de la batalla hizo César tres regalos á sus soldados, facultándolos para repartirlos entre los que se hubiesen conducido mejor aquel dia.

Los soldados le asignaron á él el primero, como al que habia combatido mejor; concedieron el segundo al gefe de la décima legion, y por último dieron el tercero á Crastino, á pesar de haber muerto.

Los objetos de que se componia aquella recompensa militar fueron enterrados con Crastino en una tumba que César le hizo construir, cerca, pero fuera, de la fosa comun.

En la tienda de Pompeyo se había hallado toda su correspondencia.

César la quemó sin leer una sola carta.

—¿Qué haces? le preguntó Antonio.

—Quemo estas cartas, contestó César, para no hallar en ellas motivos de venganza.

Y cuando los atenienses fueron á pedirle gracia:

—¿Hasta cuándo, les dijo, ha de servir de excusa la gloria de vuestros antepasados?

Ademas, al mirar el campo de batalla, cubierto de muertos, había pronunciado una frase que era una disculpa para con los dioses y quizá para consigo mismo.

—Ay! había dicho, ¡ellos son los que lo han querido! Si César hubiera licenciado su ejército, á pesar de tantas victorias, Caton lo acusaba y era condenado.

Ahora, he aquí la cuestion: ¿Cuál hubiera sido mejor: ser Temístocles derrotado, ó César victorioso?

Sigamos al vencido en su fuga; despues volveremos al vencedor.

Cuando Pompeyo, acompañado de unos pocos partidarios, se hubo alejado del campamento, se apeó del caballo, y, viendo que no pensaban en perseguirlo, caminó con lentitud, entregado por completo á las sombrías reflexiones que debían ocuparlo en tal momento.—Figuraos á Napoleon despues de Waterloo; y aun á Napoleon lo había impelido la necesidad; se había visto precisado á combatir; al paso que él se había negado á todo arreglo.

La víspera aun podia compartir el mundo con César, tomando á su eleccion el Oriente ó el Occidente, y, si queria absolutamente pelear, vengar en los partos la derrota de Craso, ó seguir en la India la

ruta de Alejandro. Pero, ¡ir, romano, á chocar con romanos! ¡Ser Pompeyo y pelear contra César!

¡El día anterior era dueño de la mitad del mundo, y en aquel momento no lo era ni de la hora en que se hallaba, ni aun de su propia vida!

¿Dónde se refugiaría? Tiempo tendría de pensar mas tarde en ello; lo que urgía entonces era huir.

Atravesó á Larisa, la ciudad de Aquiles, sin detenerse; luego entró en el valle de Tempé, que veinte años mas tarde debia cantar Virgilio, el cual creia en medio de las guerras civiles que debian dejarle tan terribles recuerdos.

Acosado por la sed, se echó de bruces y bebió en el rio Peneo; despues, incorporándose, atravesó el valle y se dirigió á la orilla del mar.

Allí pasó la noche en una pobre cabaña de pescadores, y en cuanto amaneció entró en una lancha con las personas de condicion libre que lo acompañaban, despidiendo á sus esclavos, á los cuales dijo que fuesen á presentarse á César, seguros de que nada tenian que temer de él.

Iba siguiendo la costa cuando percibió un gran buque mercante pronto á levar anclas y dió orden á los remeros de que se dirigiesen hácia él.

El capitan de aquel buque era un romano que jamas habia tenido relaciones personales con Pompeyo y que solo lo conocia de vista; se llamaba Peticio.

De repente fueron á decir á aquel hombre, que se hallaba en tierra ocupado en su cargamento, que se percibia una lancha haciendo fuerza de remos para llegar al buque, y que en ella iban hombres que sacudian sus togas y tendian las manos como suplicantes.

—Oh! exclamó, es Pompeyo!

Y corrió hácia el puerto.

—Sí, dijo á los marineros cuando hubo llegado allí, sí, él es Recibido con todos los honores á pesar de la desgracia que le ha acaecido.

Los marineros desde lo alto de la escala del buque hicieron seña al que parecia mandar en la lancha, de que podia subir.

Pompeyo subió.

Lo acompañaban Léntulo y Favonio.

Admirado del recibimiento que le hacian, Pompeyo empezó por dar las gracias á Peticio, y despues:

—He creido notar que me habias reconocido ántes de haber pronunciado mi nombre, le dijo; ¿me habias visto ántes de ahora y sabias que venia aquí fugitivo

—Sí, contestó Peticio, te habia visto en Roma, pero ántes que llegases aquí sabia que ibas á venir.

—¿Cómo? preguntó Pompeyo.

—Esta noche te vi en sueños, no como en Roma,

jefe ó triunfador, sino humillado, abatido y pidiéndome hospitalidad en mi buque. Por eso, viendo en una lancha un hombre que pedia auxilio y hacia ademanes de suplica, exclamé: "Es Pompeyo!"

Pompeyo no contestó y se contentó con lanzar un suspiro, inclinándose ante el poder de los dioses, que habian enviado á Peticio aquel sueño, presagio de la verdad.

Mientras llegaba la hora de la comida, pidió agua tibia para lavarse los piés y aceite para frotarse luego.

Un marinero le llevó ambas cosas.

Pompeyo miró á su alrededor y se sonrió tristemente; no tenia ni un solo criado. Así, pues, empezó por descalzarse él mismo.

Entonces Favonio, aquel hombre rudo que habia dicho á Pompeyo: "Pega ahora una patada en el suelo para hacer salir de él legiones," y que repetia á cada paso en el campamento: "Lo que es este año no comeremos higos de Túsulum." Favonio, decimos, se precipitó de rodillas, con las lágrimas en los ojos, y á pesar de la resistencia de Pompeyo lo descalzó, le lavó los piés y se los frotó con aceite.

Y desde aquel momento no cesó de cuidarlo y prestarle toda clase de servicios como hubiera podido hacerlo no solo el criado mas fiel, sino el esclavo mas sumiso.

Dos horas despues de haber recibido á Pompeyo en su buque, vió el capitan en la playa á un hombre que hacia señas pidiendo auxilio.

Fueron á buscarlo en un bote y lo condujeron á bordo; era el rey Deyotaro.

Al dia siguiente al amanecer levó anclas el buque y se hizo á la mar.

Pompeyo pasó por delante de Anfilópolis.

A instancias suyas el capitan hizo rumbo á Mitilene; Pompeyo queria recoger allí á su mujer y á su hijo.

Llegado delante de la isla, envió á tierra un emisario.

Ay! aquel emisario no era portador de nuevas como debia esperarlas Cornelia despues de la carta de su esposo fechada en Dirraquium, y en la cual le anunciaba la derrota y la fuga de César.

La jóven estaba llena de alegría.

—Noticias de Pompeyo! exclamó; ah! qué felicidad! ¿Sin duda me anuncia que la guerra ha concluido?

—Sí, dijo el emisario meneando la cabeza; pero no del modo que vos os figurais:

—¿Qué hay, pues, preguntó Cornelia.

—Hay, señora, contestó el mensajero, que si quereis saludar por última vez á vuestro esposo teneis que seguirme, y preparaos á verlo en el estado mas

miserable, á bordo de un buque que ni aun es suyo.

—Oh! dímelo todo! exclamó Cornelia. ¿No ves que me haces morir?

Entonces el mensajero le contó la jornada de Farsalia, la derrota y fuga de Pompeyo y el recibimiento que Peticio habia hecho á su marido en el buque en que la esperaba.

Al oír la última palabra de aquel relato Cornelia cayó al suelo y en él permaneció largo tiempo estraviada y muda; despues, al fin, vuelta en sí, y conociendo que en tal momento debia hacer algo mas que gemir y llorar, atravesó la ciudad corriendo y llegó á la playa.

Pompeyo la vió desde lejos y le salió al encuentro, recibéndola en sus brazos desfallecida.

—Oh, querido esposo, exclamó la jóven, vuelvo á verte, y obra es de mi mala suerte y no de la tuya si te encuentro perdido con un solo buque, siendo así que el dia de nuestras bodas atravesaste el mar con quinientos bajeles. ¿Por qué vienes á buscarme, cuando soy tu mal genio? ¿Por qué no me abandonas, siendo como soy la causa de tu gran infortunio? Ah! ¡Cuán feliz hubiera sido muriendo antes de saber que Publio, el esposo de mi virginidad, habia muerto entre los partos! ¡y cuán prudentemente hubiera obrado, ya que no habia tenido la suerte de

morir por mano de los dioses, de morir por la mia propia antes de llegar á ser una calamidad para Pompeyo el Grande!

Pompeyo la estrechó contra su corazon con mas ternura aún que lo habia hecho hasta entonces.

—Cornelia, le dijo, hasta ahora no habia conocido mas que los favores de la fortuna, la cual ha permanecido largo tiempo á mi lado como una querida fiel, y no tengo por tanto de que quejarme. Habiendo nacido hombre, estoy sometido á la inconstancia de la suerte. No desesperemos, pues, de volver á subir del presente al pasado, puesto que tanto hemos descendido del pasado al presente.

Cornelia entonces hizo acudir allí á sus servidores y que le llevasen los objetos mas preciosos.

Los habitantes de Mitilene, sabiendo que Pompeyo se hallaba en el puerto, fueron á saludarlo suplicándole que pasase á la ciudad; pero él se negó á ello diciéndoles:

—Someteos con confianza á César; es bueno y clemente.

Despues discutió durante algunos instantes con el filósofo Crátipo sobre la existencia de la Providencia Divina.

Dudaba acerca de ella; peor aún: la negaba.

Nosotros, por el contrario, creemos que su derrota y la victoria de César muestran su visible intervencion en las cosas humanas.